

# ¡HIJO DE DAVID, TEN COMPASIÓN DE MÍ! ¡SEÑOR, QUE VEA!

Mc 10,46-52

30º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

El Señor nos regala hoy una escena ejemplar llena de ternura. Jesús cura a un enfermo y lo libera de una de las grandes esclavitudes del hombre: la ceguera. Querido amigo, estamos ante un encuentro precioso, profundo, lleno de cariño, de amor y que tú y yo tenemos que disfrutar en él y sentirnos como este pobre ciego que se pone delante de Jesús y recobra la vista. Vamos poco a poco a desgranar este encuentro para llenarnos de la ternura de Dios y del cariño de Jesús. Y lo vemos en el texto de Marcos 10,46-52. Lo escuchamos con toda atención:

*Y llegaron a Jericó. Y al salir Él de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo “el Ciego”, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna. Cuando se enteró de que pasaba Jesús el Nazareno, comenzó a gritar y a decir: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”, y muchos le reprendían para que callase. Pero él gritaba mucho más: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. Se detuvo Jesús y dijo: “¡Llamadle”. Llamaron al ciego y le dicen: “¡Ánimo, levántate, que te llama!”. Él, arrojando su manto, dio un salto y vino hacia Jesús. Y Jesús, dirigiéndose a él le preguntó: “¿Qué quieres que te haga?”. El ciego le respondió: “Ramoní, ¡que vea!”. Y Jesús le dijo: “Ve. Tu fe te ha salvado”. Al instante recobró la vista y le seguía por el camino.*

Después de oír este texto, nos metemos en la escena profundamente. Con la ayuda de Jesús entramos dentro y nos situamos allí, yendo con Jesús de camino a Jerusalén. Pasan por grandes ciudades, está muy cerca la Pascua y Jesús quiere ya llegar pronto para realizar ahí su Pasión y consumir el gran amor que nos tiene. Nos dice el texto que “aconteció esto acercándose a Jericó”, que pasaban por allí toda clase de peregrinos. Entre toda esta gente había muchos pordioseros y muchos ciegos, como ocurría en Palestina —Jericó, que es la primera ciudad después de Jerusalén, situada a unos once kilómetros a orillas del Jordán—.

Allí vemos a este hombre que está en el camino y que ve toda esta gente que va, todos estos peregrinos, y oye todo ese tropel de gente que acompaña y que pasa... pregunta que qué pasa, que quién es el que pasa, y le dicen que es Jesús el Nazareno. Él ha oído, por la fama que tiene de milagros, y aprovecha este paso de Él para pedirle la curación. Fijaos lo que hace —fíjate, querido amigo—, a voces grita: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Esta súplica tan breve pero tan llena... ¡cómo me impresiona oírlo! Y esta escena es una de las que a mí me enternecen y me llevan a un encuentro profundo con Jesús: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Los que van delante de él le riñen para que no le pida limosna al Señor o para que no le

moleste, pero él grita mucho más: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. ¿Y la reacción de Jesús? (Querido amigo, no nos perdamos estos momentos, son momentos preciosos, profundos.) Se conmueve ante la súplica. Y vienen una serie de verbos en progresión, preciosos, que nos llevan al encuentro: se conmueve, ve la fe de este hombre, se para, manda que se lo traigan, cuando lo tiene cerca le pregunta: “Pero ¿qué quieres que Yo te haga?” —siempre pidiendo la aceptación de la persona, ¡qué bueno es Jesús!—. Y él responde: “Señor, mira, que vea, recobra mi vista”. Jesús al ver tanta fe, le dice: “Tu fe te ha curado. Ya ves”. ¡Qué alegría para este hombre, y qué suerte tuvo Bartimeo que pudo ver claramente al Señor! Y dice el texto que se unió a la multitud y seguía alabando al Señor, alabando a Jesús. ¡Qué escena y qué encuentro tan conmovedor!

Querido amigo, ¿a qué te lleva a ti este texto? ¿A qué me lleva a mí este texto? A darle gracias al Señor, en primer lugar porque siempre actúa como un médico que nos cura, que nos quita todo. Nos lleva a ver nuestras cegueras, nos lleva a dejarnos curar por Él, nos da la luz, nos cambia el corazón. ¡Cuántas cegueras tenemos... cuántas! Tenemos que gritar como este hombre y salir rápidos como él —dice que soltó el manto y de un brinco se acercó a Jesús—. ¡Cuántas veces tenemos que acercarnos a Él!

Querido amigo, le preguntamos a Jesús qué clase de ceguera tengo. Estas cegueras espirituales que tanto me dañan, esta manera de no ver que me ataca totalmente a la visión y no veo más allá de unos metros, no alcanzo a ver a Dios, no alcanzo a ver a Jesús en mi vida. Yo ando por un lado... Dios, Jesús, el amor de Dios anda por otro. Y esta ceguera me limita a ver tus misterios, tu amor, tu voluntad. Vamos a gritarle, querido amigo: “¡Hijo de David, ten compasión de mí, porque me afecta también a mí este tipo de mal! No tengo visión, no veo tu voluntad, no veo los acontecimientos como mano tuya, no te veo a mi lado. ¡Qué torpe, qué ciego, qué cataratas tengo tan grandes! ¡Hijo de David, ten compasión de mí! También tengo muchas más cegueras, Jesús: otra forma es... otra forma de ver la vida como a mí me parece, nunca verla desde ti; te uso a distancia, cuando me interesas, cuando te necesito, pero no te uso continuamente. Y no me meto en tu corazón y no navego en tu barca, y me hundo tan pronto...”.

Éste es el gran peligro de mis cegueras, de mi ceguera espiritual: que tropiezo, no enfoco, no veo. ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí! ¡Cuántas nieblas tengo opacas en mi vida, cuántos estorbos en mi forma de pensar, cuántas cataratas espirituales, cuántas neblinas! A veces veo todo mal, todo negativo, no consigo ver en los demás a ti, no consigo levantarme ni ayudar a los demás en los tropiezos del camino. Tengo miedo, estoy insegura, ando con preocupación, creo que todo es destrucción. ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí! No sé lo que quieres hacer de mi vida, Señor. Y como ciega, ni me pongo en camino, ni ando detrás de ti, ni me doy cuenta de que Tú estás ahí. Llevo una vida engañada, fofa, vacía... con cierta cobertura que no me deja transpirar, ni ver, ni sentir tu calor, ni tu amor. ¡Hijo de David, ten compasión de mí! Yo sé que Tú me puedes sanar, Jesús. Yo sé que si me siento ciega y si me siento ciego, Tú me vas a decir: «¿Qué quieres que Yo te haga?». Yo tendré que decirte: «Señor, que vea. Señor, que te vea en todo. Señor, que sienta tu presencia.

Señor, que sienta tu amor. Señor, que disfrute de la vida que Tú me das. Señor, que no ponga vendas en mis ojos para no descubrirte. ¡Abre mis ojos y muéveme!»”.

Es un encuentro profundo de quedarnos frente a frente a Jesús y dejarnos que nos cure. Y si nos mandan callar, seguiremos gritando; y si otras voces me dicen que me calle, sé que me tengo que levantar rápido y acercarme a ti. Si yo me atrevo a gritarte, sé que soy curada, sé que me darás luz. Porque cuando carezco de luz es que estoy tan ciega... tantos problemas, envuelta en mis líos, en mis dificultades, en mis necesidades urgentes, en mis vacilaciones, en mis dudas... ¡Hijo de David, ten compasión de mí!... ¡Maestro, que yo vea!... ¡Maestro, que yo vea!... Que pueda oír en mi corazón: “¡Ánimo, levántate que el Maestro te llama! No te quedes ahí parado. ¡Levántate!”.

Querido amigo, tenemos que oír eso también, esa voz: “Maestro...—tú y yo— ¡levántate, suelta el manto, da un brinco, acércate, ánimo, que el Señor te llama!”. Y tendremos que oír: “Vete, que tu fe te ha curado... Vete”. Muchas veces ni le vemos ni podemos disfrutar de Él. Y como decía antes: “Dichoso tú, Bartimeo, que has visto a Jesús, y lo has visto con tus ojos y lo has contemplado y has contemplado su amor”. Ojalá yo también pueda ser así: ser Bartimeo y seguirte, alabándote, enriqueciendo mi vida de ti, bendiciéndote, demostrando y diciendo y proclamando a los demás que Tú me has curado. Es un encuentro de silencio, de necesidad, de pobreza... Es un encuentro de palpar la presencia de Dios. Déjame, Jesús, que te dirija esta pobre oración que nace de un corazón que te ama, de un corazón ciego y de un corazón que necesita que Tú le des luz:

“Cura mi ceguera espiritual, Jesús, mi incapacidad de creer en ti, mi incapacidad para palpar tu presencia en mi vida. Cúrame de mi ceguera y de mi incapacidad de creer en tu Palabra y confiar en ti. Sé que estás ahí, que estás cerca de mí, pero algo... no sé... Tú sabrás... —descúbremelo, cúrame—, algo me impide reconocerte. Algo me impide... y soy incapaz de verte. Te leo en la Palabra, te veo en la Eucaristía, te veo en los sacramentos, pero no asimilo nada, no vivo. Noto que quiero... pero no puedo. Y a veces me da dolor tener esta minusvalía espiritual. Por eso en este encuentro te ruego que me capacites para reconocerte, que me cambies para poderte amar, que me transformes y que abandones esta incapacidad para que pueda entrar en una intimidad y en una relación profunda contigo. Quiero sentir tu presencia en mi vida, quiero confiar en ti, quiero tener una fe fuerte, quiero alabarte, bendecirte, acompañarte y entrar contigo siempre glorificándote porque me has curado. «Vete, tu fe te ha curado. Vete y glorifica, porque tu fe te ha curado». Necesito oír eso: «Tu fe te ha hecho sano, te ha curado»”.

Querido amigo, hoy vamos a escuchar a Jesús: “¿Qué quieres que haga contigo?”. Y tú y yo le vamos a contar detalladamente nuestras cegueras espirituales y nuestras cegueras físicas, ¡todo! Y nos vamos a dejar tocar por Él, y nos vamos a dejar sentir... y para poder ver su luz..., y ahí, con Él... ¡ver! Ver su rostro, verle su amor, quererle, sentirle, palparle y comunicar: “¡He visto, he sentido y he disfrutado de Jesús, que me ha curado!”.

¡Hijo de David, ten compasión de mí! ¡Señor, que vea! ¡Señor, que te descubra! ¡Señor, que te palpe, que te sienta, que te acompañe! Este encuentro... lleno de ternura y que a mí me gusta tanto cada vez que... entro en profundidad de Jesús con mis limitaciones... Uno de los textos que más me emocionan y que más necesito repetir. En este encuentro disfrutemos del gozo de sentirnos curados. Sintamos nuestras cegueras y llenémonos del amor de Dios que hace todo esto: nos ve, se conmueve, se para, nos manda acercarnos, nos pregunta: “¿Qué quieres que haga contigo?”, y tendremos que decirle: “¡Hijo de David, ten compasión de mí! ¡Señor, que vea!”.

Se lo pedimos a la Virgen, que nos dé... —Ella que era tan clarividente, tan lúcida en ver el amor de Dios, el amor de su Hijo—, que nos descubra su amor y nos dé la luz y que estemos ahí, al borde del camino gritando: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”.

**Francisca Sierra Gómez**